

# El Estado-Providencia

Hemos definido muchas veces a Venezuela como: "Un Estado rico y un pueblo pobre".

Podrá discutirse si el petróleo ha sido una bendición o una maldición para Venezuela. Lo indiscutible es que, si es una maldición, lo será por nuestra culpa. Si hemos malgastado el beneficio del petróleo en obras suntuosas, en lujo y placeres, en alimentar una burocracia elefantíaca, en vez de aplicar la riqueza proveniente de un bien natural no renovable en la creación de fuentes de riqueza renovable, es culpa nuestra, euforia de un día de festín gratuito.

El efecto momentáneo es que nos hemos convertido en un Estado tal vez efímeramente ultra-rico, frente a un pueblo que ha olvidado el café y el cacao, sus caraoas, es decir, lo más sólido de las riquezas, que es la agricultura, mientras avanza morosamente nuestra reciente industria. Muchas veces hemos pensado que nuestras inversiones mejor orientadas —mérito de ilustres profesionales— han sido las destinadas a la Sanidad y Educación, con logros relativamente efectivos.

La riqueza minera ha creado en nuestro pueblo hábitos de holganza y despilfarro y una psicología enfermiza de parásito que todo lo espera del Estado, administrador de una riqueza fortuita, pasajera. Un Estado de siete mil millones de Presupuesto anual se gloria de brillantes carreteras, urbanizaciones y hoteles, de grandiosas industrias nacionales como la Siderúrgica, la Petroquímica y la Compañía Nacional de Petróleo, auténticos elefantes blancos, que declaran año tras año impresionantes saldos deficitarios.

Lo más grave de este panorama es la profunda deseducación de un pueblo, que todo lo espera del Estado rico, del Estado providencia. En Venezuela, ricos y pobres se dedican a ordeñar despiadadamente las ubres del Estado rico. Y la viveza se ha convertido en virtud capital con un descrédito práctico de la nobleza, la sinceridad y el espíritu creador de trabajo.

Y sería consuelo de tontos alegar que la flojera es endémica y el esperararlo todo del Estado, vicio generalizado en América Latina. Lo constructivo es reconocer que se trata de males que se van agravando en progresión alarmante en nuestra patria.

## Lágrimas de cocodrilo

Nuestro modesto mundo capitalista demuestra con persistencia una susceptibilidad angustiosa ante cualquiera insinuación de intervención estatal. Son muy recientes las alarmas por una supuesta intervención —pedida por el Consejo Venezolano del Niño por motivos de orden moral— en los programas de televisión. Nada muy extraordinario se pretendía imponer. Por supuesto algo muy inferior a lo aceptado en naciones de reconocido ambiente de progreso y altísima cultura. Podrían multiplicarse los ejemplos.

En cambio esos mismos capitalistas y empresarios reclaman la intervención estatal para obtener restricciones aduaneras, o créditos fáciles y urgentes. Un industrial rico trata de ampliar un Central Azucarero y exige créditos de varias decenas de millones. Se logran millones a crédito para organizar una grandiosa urbanización en un extremo de Caracas. Faltan créditos para los pequeños productores del campo. No faltan para ciertos poderosos señores, de quienes nadie ignora, que cuentan con depósitos jugosos en los Bancos de Suiza, Canadá o Estados Unidos.

Y el espectador imparcial se aflige al comprobar que la psicología enfermiza, que todo lo espera del Estado providencia, haya alcanzado a nuestros tímidos capitalistas, que hacen gala —tal vez con justicia— de espíritu creador de trabajo. Resulta paradójico e inexplicables sus angustias por la intervención del Estado, cuando se conocen sus frecuentes exigencias, —por cierto eficaces— en la demanda del apoyo del Estado, cuando así cuadra a la defensa de sus intereses.

Nadie nos acuse por estas reflexiones de intervencionistas. Los defensores de la Doctrina Social de la Iglesia sabemos que en la economía como en la educación y otros aspectos, la misión del Estado es subsidiaria. No le corresponde asimilar y monopolizar la iniciativa privada, sino alentarla y protegerla. Bien entendido, como lo demuestra la Mater Magistra, que la complicación creciente de la economía nacional e internacional exigirá forzosamente una creciente intervención del Estado por razón del Bien Común.

## Las lágrimas de los pobres

Tal vez son menos desconcertantes y paradójicas. Tal vez muchas veces son legítimas, pues resulta indiscutible que la riqueza nacional en Venezuela no ha beneficiado por igual a todo el pueblo, sino en manifiesta preferencia a determinadas clases, por su habilidad o simplemente por su vinculación con el gobierno.

Pero también nuestro pueblo sencillo, y en tiempos recientes incluso nuestro sector campesino, se ha enfermado de un filialismo, a veces rebelde, gruñón y procaz.

## “¿Qué nos van a dar? ¿Qué nos ofrece?”...

Por el voto, por la inscripción sindical, por la adhesión partidista. Y resulta que el que puede dar es el hombre, enchufado en la maquinaria del Gobierno. Esto explica ciertos afanes por colaborar en las labores ejecutivas en hombres que ayer tronaban contra el Gobierno.

En nuestra entrega del mes de Noviembre se recogió en la Vida Nacional una acusación que no sabemos haya sido suficientemente refutada:

“Póngase al frente del MOP un ministro que no sea adeco, ni adeco sin carnet, y la CTV se cuartea desde el techo hasta los cimientos. Elimínense del Presupuesto los Bs. 603.000 anuales y los Bs. 55.000 mensuales que el Gobierno destina a sostenerla y la veremos disiparse como llovizna veraniega...” (Manuel Alfredo en “El Mundo”).

Desearíamos una sólida respuesta a esta grave acusación, que tal vez es apasionada. La verdad es que se reclaman créditos agrícolas, que no han de pagarse y se afirma, van en parte a los bolsillos de líderes sindicales: se exigen vías de penetración y caminos vecinales que en tiempos recientes construía el vecindario interesado; un animal muerto se pudre por semanas en la calle porque el Gobierno no viene a levantarlo. Los actores del éxodo rural, que construyen en las vertientes de las colinas o en las orillas del río, claman al cielo con el primer aguacero: ¿Qué hace el Estado?

Y tal vez el Estado hace por ellos cosas mezquinas frente al aporte que da a las urbanizaciones y las empresas de los poderosos.

Pero estamos enfermos de comodidad y holganza. Hay que importar trabajadores, porque nadie quiere puestos, que requieran algún esfuerzo. Los candidatos a listeros de Obras Públicas se cuentan por millones. El empeño se cifra en no trabajar o un trabajar con el mínimo esfuerzo. El Estado es rico.

Pero no tan rico que pueda dar el tetero a todos los ciudadanos.

M. A. E.